

I

LA CASA DE LAS PERSIANAS ENTORNADAS

Perugia, Italia, octubre de 2004

Perugia en octubre tiene una luz que no pertenece del todo al presente. Las fachadas de piedra, erosionadas por siglos de lluvia y viento, absorben el atardecer con una dignidad casi obstinada. Las callejuelas del centro histórico, empinadas y estrechas, conservan una resonancia medieval que descoloca a quien llega con prisa. No es una ciudad que tolere el apuro. Obliga a caminar despacio. A subir escaleras. A mirar hacia arriba.

Desde la terraza del mirador de Porta Sole puede verse el valle extenderse en una calma que parece inmune al siglo XXI. Pero bajo esa serenidad se acumulan capas de historia: estados pontificios, unificación italiana, dos guerras mundiales, fascismo, reconstrucción, silencio.

En una de las calles laterales que descienden hacia Corso Vannucci se alza una casa de piedra gris sin placas ni distintivos. Tres plantas. Persianas de madera pintadas en verde oscuro. La pintura descascarillada en algunos bordes. Una puerta maciza con aldaba de hierro forjado.

Allí vivía Francesco Bianchi. Ochenta y seis años. Nacido en 1918. Superviviente de una guerra que durante décadas se había nombrado en Italia con medias palabras.

El timbre sonó a las cinco y diez de la tarde. No fue un sonido estridente. Más bien corto y contenido, como si también él respetara la edad del edificio. Sin embargo, dentro de la casa resonó con una nitidez que obligó al anciano a abrir los ojos.

Francesco estaba sentado en el sillón de respaldo alto que había pertenecido a su padre. El cuero estaba agrietado, pero aún firme. Sobre las rodillas tenía una manta ligera, no por frío sino por hábito. Desde hacía meses, el cuerpo ya no respondía con la precisión que había mantenido durante décadas.

No se levantó de inmediato. Primero respiró hondo. El aire le costaba. No era una sensación violenta, sino una resistencia constante, como si el mundo se hubiera vuelto ligeramente más espeso. En la mesa auxiliar descansaban tres objetos: un inhalador, un vaso de agua y un reloj de bolsillo antiguo que ya no funcionaba. El timbre sonó por segunda vez. Esta vez sí se levantó. Cada paso por el pasillo le obligaba a concentrarse. Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas: padres, compañeros de juventud, retratos oficiales, una imagen en blanco y negro de un grupo de soldados uniformados sonriendo bajo un cielo luminoso. No había ninguna fotografía de España expuesta. Abrió la puerta. El hombre que esperaba al otro lado no parecía incómodo, pero tampoco relajado. Traje oscuro. Abrigo gris. Cartera de cuero sujeta con ambas manos.

—Señor Bianchi. Marco Ricci.

Su voz era clara, educada, con esa modulación profesional de quien está acostumbrado a explicar cláusulas y artículos sin elevar el tono. Francesco lo observó con atención antes de responder. Ricci tendría cincuenta y pocos años. Demasiado joven para haber vivido la guerra, pero no tanto como para no haber crecido entre sus consecuencias. El cabello, cuidadosamente peinado hacia atrás, mostraba hilos plateados en las sienas. Sus ojos eran oscuros, atentos, analíticos. Un hombre que escuchaba antes de hablar.

—Pase —dijo Francesco.

Se estrecharon la mano. Ricci notó la frialdad de la piel del anciano, pero también la firmeza inesperada del apretón. No era la mano temblorosa de alguien derrotado por la edad. Era la mano de alguien que aún sostenía algo.

El salón estaba ordenado con precisión casi obsesiva. No había polvo visible. Las cortinas, gruesas, permanecían recogidas, pero las persianas estaban entornadas, filtrando la luz en franjas diagonales que cortaban el aire en líneas doradas. En el

centro, sobre la mesa baja de madera oscura, tres cajas. No eran decorativas. Eran funcionales. De madera sencilla, sin barniz brillante. Cada una llevaba una etiqueta blanca en la tapa, escrita a mano.

1936, 1937 y 1938

Ricci no necesitó preguntar qué contenían. Se sentó frente al anciano, apoyando la cartera a sus pies.

—Recibí su carta hace tres días —comenzó—. Confieso que no es el tipo de encargo habitual.

Francesco esbozó una leve sonrisa.

—Lo imaginaba.

—Habla usted de hechos ocurridos en España.

—Sí.

—Y de publicación tras su fallecimiento.

—Correcto.

Ricci cruzó las piernas, adoptando la postura que utilizaba cuando necesitaba escuchar sin comprometerse todavía.

—Antes de avanzar, debo preguntarle algo básico: ¿qué espera exactamente que haga?

Francesco apoyó la mano sobre la caja central, la de 1937.

—Que cuando yo muera, usted entregue todo esto a una editorial o institución que lo publique íntegro.

—¿Sin modificaciones?

—Sin censura.

La palabra quedó suspendida. Ricci mantuvo el gesto neutral.

—¿Es consciente de que el contenido podría afectar reputaciones, incluso si han pasado décadas?

—Todos los implicados están muertos.

—Eso no elimina las consecuencias públicas.

Francesco lo miró fijamente.

—He vivido sesenta y siete años con silencio. Las consecuencias ya existen.

El abogado tomó nota mental de esa frase. Francesco Bianchi no parecía un hombre confuso. Tampoco uno dominado por la culpa en un sentido teatral. Había en él una claridad seca, casi administrativa.

—Empecemos por el principio —dijo Ricci—. ¿Por qué yo?

El anciano tardó en responder.

—Porque usted no pertenece a ninguna fundación ideológica. No trabaja para partidos. No ha publicado ensayos sobre la guerra. No es un activista.

Ricci arqueó ligeramente una ceja.

—Eso es cierto.

—Necesito a alguien que lea sin querer confirmar una tesis previa.

El abogado inclinó la cabeza.

—Neutral.

Exacto.

Ricci no era historiador. Era abogado especializado en herencias complejas y patrimonios con litigio. Había manejado casos de empresarios, profesores universitarios, incluso antiguos políticos locales. Pero jamás le habían pedido custodiar un testimonio de guerra con acusaciones implícitas.

—En su carta menciona el año 1937 —continuó—. Guadalajara.

Francesco asintió.

—Brihuega y poblaciones cercanas.

Ricci conocía el nombre por los manuales. En marzo de 1937, el Corpo Truppe Volontarie había intentado romper las líneas republicanas en la provincia de Guadalajara. La ofensiva terminó en derrota. Lluvia, barro, errores estratégicos, contraataque de las Brigadas Internacionales. Un episodio incómodo en la narrativa heroica del régimen.

—¿Qué edad tenía usted entonces? —preguntó el abogado.

—Diecinueve.

—¿Fue voluntario?

Francesco sostuvo su mirada.

—Sí.

No hubo matiz en la respuesta. Ricci no añadió juicio en su expresión. Solo interés.

—¿Convicción ideológica?

Francesco no esquivó la pregunta.

—Absoluta.

El abogado tomó aire con discreción.

—Cuénteme eso.

Francesco no empezó hablando de España.

Empezó hablando de Perugia.

—En 1935 —dijo— Italia era un país que creía estar despertando.

Sus ojos se desviaron un instante hacia la ventana, como si la ciudad actual pudiera superponerse a la de su memoria.

—Yo tenía diecisiete años. Había crecido bajo el régimen. Para mi generación, no era una opción política. Era el paisaje.

Hizo una pausa.

—Desfiles. Banderas. Discursos retransmitidos en la plaza. La radio como un altar doméstico.

No necesitó pronunciar el nombre de Benito Mussolini. En 1935, el Duce no era simplemente un jefe de gobierno. Era una presencia constante, una figura omnipresente en carteles, escuelas y periódicos.

—¿Su familia? —preguntó Ricci.

—Mi padre era carnicero. No un ideólogo. Pero respetaba el orden. Y el régimen ofrecía orden.

Francesco se acomodó en el sillón.

—Cuando comenzó la campaña en Etiopía, en 1935, en Perugia hubo

celebraciones. Recuerdo la plaza llena. La sensación de que Italia volvía a ser una potencia.

Ricci escuchaba sin interrumpir.

—Para un joven de diecisiete años —continuó Francesco— aquello era embriagador. Nos hablaban de honor, de destino, de sacrificio. No había contradicciones visibles. La prensa no mostraba cadáveres propios. Solo victorias.

Su voz no sonaba nostálgica. Sonaba analítica.

—Yo creí en todo —añadió—. No por miedo. No por presión. Creí porque quería creer.

Ricci anotó mentalmente esa distinción.

—Y cuando comenzó la Guerra Civil en España...

—Fue presentada como una extensión natural de la lucha contra el caos. Contra el comunismo. Contra la desintegración.

Francesco miró las cajas.

—En 1936, cuando se anunció el envío de voluntarios, yo ya había decidido que quería formar parte de algo más grande que la carnicería familiar.

Ricci observó sus manos. A pesar de la edad, conservaban cierta amplitud. Dedos largos, articulaciones marcadas

—Mi padre me enseñó a cortar carne con precisión —dijo Francesco—. A reconocer la calidad por el color. A no desperdiciar nada.

Sus labios se tensaron apenas.

—Nunca imaginó que ese conocimiento sería relevante en una guerra.

El reloj de pared marcó las seis menos cuarto. La luz del exterior se tornaba más densa.

—Señor Bianchi —dijo Ricci con cuidado—, ¿estamos hablando de irregularidades logísticas o de algo más?

Francesco lo miró.

—De algo más.

Silencio.

—¿Crímenes?

—Sí.

—¿De combate?

—No.

La respuesta fue clara. Ricci sintió por primera vez un leve escalofrío.

—Entonces necesitamos ser extremadamente rigurosos —dijo—. Si lo que afirma es cierto, debe estar respaldado por documentos verificables.

Francesco apoyó la mano sobre la caja de 1937.

—Lo está. Mi testimonio de lo que yo viví allí.

Ricci decidió entonces observar al hombre no como cliente, sino como testigo. Francesco Bianchi no encajaba en el estereotipo del veterano que busca redención tardía. No parecía atormentado en el sentido visible. No lloraba. No elevaba la voz. No dramatizaba. Su serenidad era lo inquietante.

—¿Por qué no habló antes? —preguntó el abogado.

Francesco tardó en responder.

—Porque en 1937 comprendí que hay verdades que no sobreviven al momento en que se pronuncian.

—Explíquese.

—En una guerra, la información es poder. Y el poder no tolera filtraciones.

Ricci inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Temía represalias?

—Sabía que existirían.

—¿Contra usted?

—Y contra cualquiera que me escuchara.

El abogado apoyó los codos en las rodillas.

—Estamos en 2004. Italia ha cambiado. Europa ha cambiado. ¿Qué le hace pensar que su relato será recibido como usted espera?

Francesco sonrió con cansancio.

—No espero nada.

—Entonces, ¿por qué ahora?

El anciano miró sus manos.

—Porque la muerte ordena prioridades.

El silencio volvió a instalarse entre ambos. Fuera, una campana distante marcó la hora.

Ricci tomó aire.

—Acepto revisar el material. Sin compromiso de publicación hasta verificar su consistencia.

Francesco asintió.

—Es suficiente.

El abogado se levantó.

Antes de marcharse, se detuvo frente a una fotografía enmarcada sobre una cómoda.

Un grupo de jóvenes uniformados. Sonrientes. Con el sol iluminándoles el rostro.

—¿Es usted? —preguntó.

—Sí.

—Parecen convencidos.

—Lo estábamos.

Ricci se volvió hacia él.

—¿Y cuándo empezó a dudar?

Francesco sostuvo su mirada durante varios segundos.

—En Brihuega.

El abogado asintió. Se dirigió hacia la puerta.

—Volveré mañana —dijo—. Empezaremos por el cuaderno de 1936.

Francesco esperó a que la puerta se cerrara. La casa volvió a quedar en silencio. Caminó despacio hasta la mesa. Abrió la caja central. Sacó el cuaderno. Las

páginas amarillentas conservaban la tinta firme de un joven de diecinueve años convencido de que la historia le pertenecía. Leyó la primera línea.

“Perugia, septiembre de 1936. Hoy he firmado mi nombre para servir a Italia.”

Cerró el cuaderno. La luz del atardecer se extinguía. Por primera vez en décadas, no sintió alivio al guardar los recuerdos. Sintió que acababa de abrirlos. Y supo que, cuando Ricci regresara al día siguiente, el pasado ya no estaría contenido en aquellas cajas. Estaría en marcha.